

QUINTO PERÍODO.

INDEPENDENCIA Y DECADENCIA (1640—1653).

CAPÍTULO XVII.

Reinado de Juan IV (1640—1656).

JUAN IV RECONOCIDO POR REY.—CÓLERA DE OLIVARES; SUS INTRIGAS; SU IMPOTENCIA; JUAN IV ADQUIERE ALIADOS.—CONSPIRACION APOYADA POR LA CORTE DE MADRID; FRACASA EL PLAN (1641).—LA ESPAÑA RECURRE Á LAS ARMAS; DERROTA DE MONTIÑO (1644); LA MAYOR PARTE DE LA EUROPA RECONOCE Á JUAN IV.—PORTUGAL PIERDE SUS ÚLTIMAS COLONIAS DEL ORIENTE.—IGUAL SUERTE LE CAE CON LAS DE AFRICA; EL CABO (1653).—EL BRASIL RESISTE Á LOS HOLANDESES; VIEIRA.—GOBIERNO INTERIOR DE JUAN IV.

Juan IV reconocido por rey.

Seguro del éxito de la empresa, Pinto instó al duque de Braganza para que fuese á tomar posesion del trono, y á pesar de su aparente indiferencia, apresuróse D. Juan á poner en práctica este consejo; sin esperar á que pudiese entrar en Lisboa con aparato real, dirigióse á aquella ciudad con sus dos amigos el conde de Vimioso y el marqués de Ferreira, y entonces pudo conocerse cuán vivo era aun el patriotismo portugués, despues de sesenta años de servidumbre. Los pueblos y las ciudades se apresuraban á saludar al nuevo rey, como á la imagen de la renaciente patria.

La ceremonia de la coronacion, verificada el 15 de diciembre, fué una verdadera fiesta nacional, y las cortes que Juan IV convocó para que examinasen sus derechos, los reconocieron por unanimidad. Hermoso espectáculo el ver á un rey portugués, rodeado de las familias á las cuales el país debía su gloria y su libertad, apoyarse en el pueblo y jurando derramar toda su sangre por la reconquistada independencia. Celoso de aumentar aun mas el afecto de sus súbditos, Juan IV quiso asegurar su reinado con la abolicion de todos los impuestos injustos, y con una

abundante distribucion de honores á cuantos habian derrocado la dominacion castellana. Pinto Ribeiro, que sin duda alguna merecia la mayor parte, solo aceptó el modesto titulo de conservador general de los archivos del reino, y se contentó con la amistad de su soberano, que conservó en efecto hasta su muerte acaecida el 11 de agosto de 1643.

Cólera de Olivares; sus intrigas; su impotencia; Juan IV adquiere aliados.

La noticia de la revolucion portuguesa llegó á Madrid, primeramente confusa y rechazada por la jactancia del ministro, y mas tarde, de un modo cierto é incontestable. Olivares se quedó consternado, menos aun por la desgracia que creía reparable que por deberla participar á Felipe IV, temiendo naturalmente caer en desgracia. Sin embargo, como era peligroso ocultarla mucho tiempo, Olivares se presentó en la real cámara, exclamando, segun se dice, con tono festivo: «Buena noticia, Señor! Uno de vuestros gobiernos se halla vacante, y no es de los menos importantes; el duque de Braganza ha perdido la cabeza, y se ha unido á los descontentos que le ofrecian la corona.» Sea lo que fuere de estas palabras, es inadmisibile que el rey se contentase con responder: «Es preciso andar con cuidado». Felipe IV tenia demasiado talento, y la noticia era harto grave, para que la corte de Madrid demostrase tanta impasibilidad.

Además, la emocion que produjo semejante acontecimiento debia ser tanto mas fuerte, en cuanto el rey católico no se hallaba en estado de levantar nuevos ejércitos para sofocar la insurreccion de Portugal, teniendo que hacer frente á Cataluña, á las Provincias Unidas y á Richelieu, vencidas sus escuadras, viendo caminar su imperio á la disolucion, su tesoro mas extenuado que sus recursos militares, Felipe IV hubo de contentarse con reclamaciones y manifiestos, á los cuales contestó Pinto, durante cuyo tiempo se consolidaba la revolucion portuguesa.

Para alcanzar este objeto, no bastaba expulsar hasta los últimos restos de las guarniciones españolas, llamar á las armas á todos los amigos de la libertad, ni recibir la adhesion de todas las colonias portuguesas, excepto de las islas Terceras que no sucumbieron hasta al cabo de dos años, y de Ceuta que conservaron los

castellanos; á pesar de su postracion, los reyes católicos tenían aun bastante vigor para anonadar á Portugal. Juan IV dirigióse entonces á los extranjeros, resignado á buscar en su auxilio la consolidacion de su dinastía, y la España tenía á la sazón hartos enemigos para que estas negociaciones careciesen de éxito.

La Suecia que habia contribuido poderosamente á sentar á Juan IV en el trono, fué la primera en reconocerle. La Francia, que deseaba y trabajaba con ardor en la humillacion de la casa de Austria, no tardó en hacer lo mismo, y á su ejemplo la Holanda, la Inglaterra y Cataluña, de modo que Juan IV no vaciló apesar de la oposicion de Venecia y de la excomunion pontificia, en enviar sus embajadores al congreso que acababa de abrirse en Munster para la pacificacion del Occidente. Esto equivalia á tomar plaza entre los príncipes independientes; pero como el nuevo monarca no figuraba en su nombre sino bajo el patronazgo de las Grandes Potencias, era lo mismo que aceptar la humilde condicion de protegido. Ya veremos á que precio obtuvo siempre Portugal semejante proteccion.

Juan IV fué menos afortunado en sus negociaciones con el duque de Medina Sidonia, su cuñado, á quien propuso, segun se dice, sublevar su gobierno de Andalucía. Este, ya fuese que no quisiera ó que no se atreviese á realizar tal tentativa, rechazó todos los ofrecimientos del rey de Portugal; y á fin de dar una prueba elocuente de su acrisolada fidelidad, imaginó retar á Juan IV como á vasallo traidor. El portugués despreció semejante provocacion que hizo olvidar á la corte de Madrid que su autor era el hermano de la esforzada Luisa de Guzman.

Conspiracion apoyada por la corte de Madrid; fracasa el plan (1641).

Mientras que la nobleza, el pueblo, una parte notable del clero y las colonias saludaban con entusiasmo el renacimiento de la libertad portuguesa, era imposible que Castilla no hubiese conservado algunos partidarios y que la casa de Braganza dejase de tener enemigos. A la cabeza de la oposicion se hallaba el fogoso D. Sebastian de Matas, arzobispo de Braga, primado del reino, al cual se habia procurado atraer á la causa de la revolucion, dándole un puesto en el gobierno provisional. El arzobispo no lo aceptó sino con la idea de iniciarse en todos los secretos, y cuan-

do Doña Margarita recibió la órden de salir de Portugal, no temió acompañarla hasta la frontera.

Hallábase á la sazón Olivares en la imposibilidad de realizar ninguna de las terribles amenazas lanzadas desde Madrid contra la revolucion portuguesa, pero reanimándose á la noticia de esta atrevida protesta, entabló en seguida negociaciones con Matas. El arzobispo era poderoso y hábil, y no tardó en atraer á su partido al gran inquisidor, á gran parte del clero y á algunos nobles descotentos, particularmente al duque de Caminha, al conde de Armamar, al marqués de Villa Real y á Antonio Correa, y á cuantos en fin se habian comprometido por la España ó no se creian suficientemente recompensados por sus servicios. Una conspiracion iba pues á destruir lo que habia hecho otra conspiracion, solo que la primera era obra de la nacion, al paso que la segunda era el resultado de una intriga.

Los conspiradores eligieron el día 5 de agosto de 1641 para la ejecucion de su plan. Consistia este en prender fuego al palacio, en penetrar en él bajo pretexto de apagar el incendio, en matar á Juan IV, y en nombrar al marqués de Villa Real gobernador interino del reino. El oro español se habia derramado en abundancia para dar á la contra revolucion las fuerzas suficientes.

Todo marchaba bien, cuando el marqués de Ayamonte, que mandaba en una de las ciudades fronterizas, recibió una carta dirigida al conde duque de Olivares por el gran inquisidor de Lisboa; admirado al ver en ella el sello de la inquisicion, resolvió abrirla, y se enteró de todos los detalles de la conjuracion.

El gobierno de Lisboa afectó sin embargo la mas completa ignorancia, pues queria sorprender á sus enemigos; pero al amanecer del día 5 de agosto, esto es, en el momento en que los conjurados se preparaban para llevar á cabo sus designios, numerosas tropas entraban en Lisboa, y de este modo supo el pueblo los peligros que amenazaban la libertad. La indignacion que produjo en todas partes semejante noticia pudo hacer ver á los culpables cuan insensata y criminal era su empresa.

Faltaba castigar severamente á los autores de la horrible trama, y pronto se sustanció la causa, pues los conspiradores trataron de dulcificar su suerte por medio de una completa confe-

sion de su delito. En vano Juan IV se inclinaba á la piedad; la nacion estaba harto ofendida para asociarse á este sentimiento, y los jueces á quienes se habia confiado el fallo de la causa pronunciaron la pena de muerte contra el duque de Caminha, el marqués de Villa Real, y algunos otros de los principales cómplices con la sola diferencia de que los nobles debian ser decapitados, los demás ahorcados. Ya fuese por respeto á la dignidad eclesiástica, ya por no irritar demasiado á la corte de Roma, solo hubo gracia para los eclesiásticos; el gran inquisidor fué condenado á dos años de carcel, y el arzobispo de Braga á un año de detencion, no habiendo prueba alguna de que fuese envenenado. Cuando murió, se le enterró, conforme él mismo lo habia dispuesto, en el pórtico de una iglesia, sin que ninguna ceremonia ni epitafio recordase á los portugueses el lugar en que yacía el primado del reino.

Al saber la corte de Madrid el mal éxito de sus intrigas experimentó un sentimiento de cólera, y en la impotencia en que se hallaba de desahogarla contra Portugal, quiso al menos vengarse en las personas. El marqués de Ayamonte fué reducido á prision y condenado á muerte como á traidor, y el infante don Eduardo fué tambien encarcelado, por ser hermano de Juan IV. No descenderemos á describir una nueva conspiracion que se fraguó, y de la cual Olivares fué el héroe en 1643, pues fué tan poco peligrosa, que solo sirvió para demostrar á que grado de humillacion habian llegado los indignos sucesores de Carlos Quinto.

Entonces fué cuando el poderoso Olivares cayó repentinamente en la mayor desgracia; justo pago de su conducta. Ministro por espacio de veinte y dos años, parecia complacerse en hacer irremediable la decadencia de la monarquía española, y léjos de consagrar sus afanes á cicatrizar las profundas heridas que aquella habia recibido de Felipe II y de Felipe III, solo habia soñado en realizar los proyectos de su gigantesca ambicion. Así pues, cuando dejó el ministerio, dejó la España arruinada, el Portugal independiente, la Cataluña sublevada, la Holanda poderosa, y la Francia heredando la antigua preponderancia de la casa de Austria.

La España recurre á las armas; derrota de Montijo (1644); la mayor parte de la Europa reconoce á Juan IV.

Lo que no pudo lograr Olivares por medio de las conspiraciones, D. Luis de Haro, su sucesor y sobrino, lo intentó por medio de las armas; pero los recursos con que podia contar se hallaban tan debilitados á causa de la obstinada rebelion de los catalanes y de la reciente derrota de Rocroy, que el nuevo ministro solo pudo reunir algunos estropeados regimientos. Protegido D. Juan IV por la parte del mar, por las escuadras de Francia y de Inglaterra, resolvió no esperar á los castellanos; y á pesar de que no tenia más allá de ocho mil hombres y algunos cañones, se le vió asolar impunemente la Galicia y la Extremadura. Matias de Albuquerque, que mandaba su ejército, terminó esta campaña por medio de la brillante victoria de Montijo, cerca de Badajoz (26 de mayo de 1644), consolidándose así la obra de Pinto Ribeiro. Desde aquel momento no pudo ya dudarse de que los reyes portugueses impondrian algun dia á los españoles la mortificacion de reconocerles; débiles en si, tenian sin embargo por garantía de su independencia la debilidad mayor aun de Felipe IV y la amistad de los poderosos enemigos de este príncipe.

Tranquilo ya Juan IV acerca de las maquinaciones de Madrid, quiso aprovechar sus ilustres amistades para que sus embajadores fuesen por fin recibidos en las conferencias de Munster; pero ya fuese que la casa de Austria, en otro tiempo tan poderosa, estuviese resuelta á todo antes que sufrir tal afrenta, ya que Mazarino, menos decidido que Richelieu, prefiriese tener al rey de Portugal bajo la dependencia de la Francia, es lo cierto que Juan IV no pudo lograr sus deseos, y que sus embajadores continuaron figurando en Munster como parte del séquito de los plenipotenciarios franceses. Sin embargo, si el monarca portugués no fué admitido á participar de los beneficios de la paz de Westfalia, y si los holandeses, tratando aparte con la España obtuvieron de esta la cesion de todas las colonias que habian conquistado en Oriente (1), fué Juan IV bastante afortunado para que Mazarino no se reconciliase con D. Luis de Haro, y

(1) Art. 5.º Del tratado de paz de Munster de 30 de enero de 1648.

para que todas las potencias de Europa reconociesen su independencia, á escepcion de Castilla, del emperador, del papa, y de algunos príncipes que no se atrevían aun á romper con el poderío del Austria.

Portugal pierde sus últimas colonias de Oriente.

¡Desgraciadamente, el Portugal no fué tan feliz en sus negocios marítimos! En América y en Asia, no hallaba la poderosa protección de la Francia, y por otra parte, la necesidad en que se hallaba de defender en Europa su renaciente independencia, proporcionaba á sus rivales la libertad de despojarle de sus posesiones lejanas.

A pesar de las simpatías políticas que debían ligar á la rebelde Holanda con el emancipado Portugal, los holandeses tenían hartó interés en proseguir la obra de su poderío colonial para detenerse ante consideración alguna, y en el mismo año en que Juan IV ceñía la corona, sitiaron aquellos á Malacca, la cual sucumbió al cabo de un año, después de una admirable lucha (1641). Entonces fué cuando el general victorioso, embriagado por el triunfo de sus armas, preguntó, según se dice, á los vencidos, cuando regresarían, á lo que contestó uno de estos: «Cuando vuestros vicios hayan igualado á los nuestros.»

Los holandeses se apresuraron á apoderarse de Negapatam, de Borneo, y de las Celebes, ocupando todas las posiciones importantes, y apresando todos los buques, y hasta arrancando todas las plantas de especias, no quedando árboles de nuez moscada y claveros sino en Banda y en Amboine. Los primeros dueños del Asia solo poseían ya algunas ciudades, tales como Diu en el Guzerate; Calicut, Cochín, Cananor, Coulan, Goa, Chaul y Daboul, en la ribera occidental; y Macao en las costas de la China, las cuales no podían menos de ser presa de los holandeses. Notemos sin embargo, aun que no sea sino para ilustrar un poco tan triste decadencia, la esforzada resistencia de Antonio Coutinho, el cual en la defensa de Colombo (1655) desplegó un valor digno de los mejores tiempos del Portugal, si bien no pudo salvar la plaza á causa de los auxiliares que los holandeses encontraron entre los hijos del país. «Si quereis, decía el rey de Candí al almirante Spilberg, levantar aquí una

fortaleza, yo, mi muger y mis hijos, seremos los primeros en proporcionaros los materiales.» Esto era efecto de que los holandeses se contentaban con hacer su comercio, y no aspiraban á imponer sus costumbres, su voluntad, su lengua, ni su religión á los pueblos que les acogían.

Después de tan brillantes triunfos, y de las atrevidas exploraciones á través de los archipiélagos de la Oceanía, los holandeses, considerándose ya como los segundos soberanos del Oriente, organizaron su vasto imperio, dividido en cinco gobiernos, á saber: Java, Amboine, Ternate, Ceylan y Macassar, con un centro común en Batavia, y dependientes todos de la compañía de Amsterdam. Nada más sencillo ni razonable que semejante constitución que conciliaba los intereses generales y particulares de las colonias holandesas. ¡Cuánto más verdadera hubiera sido la dominación portuguesa á descansar en semejantes bases!

Igual suerte cabe á Portugal con las colonias de África; el Cabo (1653).

Si tal era el destino de las colonias orientales, á pesar de los esfuerzos que Juan IV y los virreyes hacían incesantemente para conservarlas, ¿cuán fácil había de ser la conquista de las del Africa, las que situadas á largas distancias unas de otras carecían de unidad, de defensores y de recursos? Debían ser y fueron presa de otra nación más fuerte, y los holandeses se establecieron fácilmente primero en algunas de las plazas en las cuales se hacía el odioso tráfico de negros, y después en 1653, en el cabo de Buena-Esperanza. Hacia ya mucho tiempo que la Holanda aspiraba á tener un puerto cómodo, en el cual sus buques pudiesen hacer escala en su travesía á las Indias, y la isla de Santa Elena estaba lejos de realizar este deseo: así pues, fijó sus ojos en el Cabo; y conociendo perfectamente su importancia, resolvió no perdonar medio alguno para asegurarse su posesión, evaluándose á más de cuarenta y seis millones de francos la suma que los holandeses gastaron en aquel solo punto en el espacio de algunos años, y creyéndose, sin embargo, bien recompensados al verse señores de la ciudad del Cabo, de la de Bahía y de la rica playa de Constanza. Considerando la Holanda esta posición como la llave de su imperio colonial, estableció en ella un sexto go-

bierno con poderes muy extensos y dotado con considerables fuerzas.

¿Que quedaba ya á los portugueses? Mozambique, Sofala, y Melinde que les arrebataron los árabes, en la costa occidental; Congo, Angola, Benguela y San Pablo de Loanda, en la occidental, cuya conservacion debieron al valiente don Salvador Correa de Sá, quien acudió presuroso desde el Brasil para arrojar de dichos puntos á los holandeses (1648); y entre las islas, las de Annobon, de Santo Tomas, de Piora, de Fernando Pó, y de Gorea, cuya importancia se reducía á servir de escalas al comercio de las Indias.

El Brasil resiste á los holandeses; Vieira.

Poco faltó para que el Brasil fuese al mismo tiempo conquistado por la compañía holandesa de las Indias occidentales, hallándose así el Portugal reducido á sí mismo. Al subir al trono Juan IV, firmó con las Provincias Unidas una tregua de diez años relativa á la América, y esta tregua que consagraba todas las adquisiciones anteriores de los holandeses, les permitía arraigarse en el país hasta hallarse en estado de expulsar completamente á los portugueses. Sin embargo, mientras que Juan IV otorgaba tan cruel concesion á las necesidades del momento, los comerciantes holandeses se hicieron tan odiosos á los brasileños que se tramó contra ellos una insurreccion formidable en el año 1645. El jefe de la conspiracion era un portugués de oscuro nacimiento, el cual de simple criado supo elevarse á la categoría de rico comerciante: llamábase Juan Fernandez Vieira, y siendo el objeto de la conjuracion el asesinar en Pernambuco, y en medio de una fiesta pública á todos los holandeses que habian figurado en el gobierno. El repentino descubrimiento de su plan no desalentó á Vieira, al cual por otra parte no quedaba mas recurso que la insurreccion, é hizo tan prudente y acertado uso de sus riquezas, de su popularidad, de la religion y sobre todo de los resentimientos que animaban á sus conciudadanos, que tuvo muy pronto un ejército sin pedir nada á la metrópoli. Hizo aún mas, derrotó á los holandeses, y despues de la victoria de Tarocas, que alcanzó en las puertas de Pernambuco,

prometió á sus compañeros que antes de poco sus enemigos serian arrojados al mar.

Tal era tambien la esperanza del pueblo y del gobierno portugués, no pudiendo dejar de ver con alegría el que tan hermosas colonias volviesen por fin á su dominio. ¿Pero como asociarse á aquellas agresiones sin violar la tregua de diez años y atraerse la temible cólera de los holandeses? Juan IV no se atrevió á ello, y no contento con reprobar la conducta de los autores de la insurreccion, declaró públicamente que serian castigados. Sin embargo, los insurrectos no hicieron el menor caso de las palabras de Juan IV, y sus triunfos siguieron su curso sin hallar otro obstáculo por parte de la metrópoli que quejas y continuas amenazas. «Si el rey, decia á la sazón, el valiente Vieira, conociese mejor sus intereses, nuestro patriotismo y nuestras victorias, en vez de arrancarnos las armas de las manos, nos ayudaria con todo su poder», y todos sus compañeros, dominados por igual conviccion, se comprometian á dar la victoria á Juan IV, aun á pesar suyo.

Los brasileños supieron en breve que la Holanda, cansada ya de las promesas de D. Juan, reunia fuerzas considerables para emplearlas contra ellos, y resolvieron ganarla por la mano, siendo sus esfuerzos tan felices que los holandeses se vieron de repente reducidos á algunas posiciones secundarias. Las dos victorias mas decisivas de Vieira fueron las del 19 de abril de 1648, contra Segismundo Van-Scoppe, y de 19 de febrero de 1649, contra Bibink, despues de las cuales todas las plazas que las tropas batavas ocupaban aun, fueron sucumbiendo sucesivamente. En fin, los pocos soldados extranjeros que habian sido respetados por el fuego y el hambre, solo debieron su salvacion á una vergonzosa capitulacion que extipulaba la evacuacion inmediata del Brasil, y el abandono de un rico material de guerra en Pernambuco, firmada en 28 de enero de 1654 (1).

(1) Hasta el año 1661 y el 1669 no se restableció decididamente la paz entre Portugal y las Provincias Unidas, por medio de los tratados de la Haya, y esto á pesar de la oposicion de algunas provincias holandesas á quienes convenia la continuacion de la guerra. Por el primero de estos tratados, el rey de Portugal se comprometió á pagar por el Brasil una suma de tres millones de florines, ó el mismo valor en tabaco, sal, y otros géneros, y á abrir esta colonia al comercio holandés.

En compensacion de las pérdidas que el Portugal no cesaba de experimentar en Oriente y en el Africa, la nueva conquista del Brasil proporcionó un precioso alimento á la actividad portuguesa, y dió al mismo tiempo un destello de gloria al reinado de D. Juan IV. ¿Pero debemos atribuir esta gloria al monarca? ¿Qué hubiera sucedido si Vieira no se hubiese obstinado en su patriótica desobediencia?

Gobierno interior de Juan IV.

El rey D. Juan pensaba solo en gobernar paternalmente su reino, en asegurarse aliados, y en desarmar al papa, teniendo al efecto peligrosas condescendencias con los jesuitas. Así pues, el Portugal, que la libertad parecia deber regenerar, en vez de recobrar su antiguo esplendor, caminaba mas y mas hácia su decadencia. El gran papel que habia hecho en el mundo habia del todo concluido, y desde el dia en que le faltó el Océano, pasó al rango de estado secundario.

Juan IV demostró una sola vez una laudable energía contra la Inglaterra, que aspiraba ya á ejercer sobre la casa de Braganza un verdadero protectorado. La escuadra de Carlos II mandada por los príncipes palatinos Roberto y Mauricio, acababa de buscar un asilo en el puerto de Lisboa, cuando se presentó la escuadra parlamentaria del almirante Blake. Este intimó al rey, en nombre de Cromwell y de la Inglaterra, que expulsase á los fugitivos, amenazando con incendiar cuantos buques se hallaban anclados en el puerto, si no accedia á ello. D. Juan contestó dando órden para que sus naves se hiciesen á la vela, y desarmó á Blake con este rasgo de entereza (1650). Es verdad que al ser Cromwell rey bajo el nombre de protector, supo vengar esta afrenta: un marinero inglés habia sido insultado en las calles de Lisboa, y Cromwell exigió una pública reparacion, siendo preciso á Portugal humillarse ante la voluntad de aquel soberano.

Por el segundo, se convino que los holandeses conservarían todas sus conquistas en el Oriente, escepto, Cananor y Cochin, que la corte de Lisboa recobraría; tan luego como hubiese verificado el pago de los tres millones de florines prometidos, pagando además el rey de Portugal el valor de un millon en sal.

CAPÍTULO XVIII.

Reinado infeliz de D. Alfonso VI (1656-1683.)

MENOR EDAD DE ALFONSO VI; DOÑA LUISA REGENTE; TRIUNFOS; PAZ DE LOS PIRINEOS (1658)—ABANDONADA DOÑA LUISA POR MAZARINO SE UNE CON LA INGLATERRA (1660); Á QUÉ PRECIO? PAZ CON LA HOLANDA.—MALA EDUCACION DE ALFONSO VI.—CASTELMELHOR CAUSA LA CAIDA DE LA REGENTE (1662).—GOBIERNO DE CASTELMELHOR; HABILIDAD DEL FAVORITO; PAZ CON CASTILLA.—CAIDA DE CASTELMELHOR; D. PEDRO Y LA REINA CONSPIRAN CONTRA ÉL.—CAIDA DE ALFONSO VI; DESPRECIO GENERAL DE QUE ES OBJETO; D. PEDRO REGENTE Y LUEGO REY.

Menor edad de Alfonso VI; Doña Luisa regente; triunfos; paz de los Pirineos (1659).

Al morir D. Juan VI en 1656, eran las circunstancias muy graves: dejaba por heredero de la corona á un niño de trece años cuya inteligencia, naturalmente débil, lo era mas aun á causa de las crueles enfermedades que le habian afligido, de modo que algunos diputados de las Cortes habian propuesto desde 1652 el alejarle del trono, para colocar en él á D. Pedro, su joven hermano. Su dictámen, sin embargo, no habia prevalecido, y el Portugal fué condenado á tener por rey al imbécil Alfonso VI.

Verdad es que recibió por tutora y regente á una muger muy digna de su rango, á Doña Luisa de Guzman, su madre, y los portugueses, que apreciaban su energía y su patriotismo no dudaban de que ejercería siempre sobre su hijo un soberano ascendiente.

Nada omitió la regente para justificar tan gloriosa estima, y le probó por el solícito cuidado con que atendía al ejército, á la hacienda, á la eleccion de generales, y sobre todo á la interminable lucha de Portugal con Castilla, porque la primera necesidad del país era el asegurar la obra de su independencia. La regente logró completamente su objeto, y los castellanos acababan de rechazar á los portugueses de los muros de Olivenza y de Badajoz, y pasando la frontera amenazaban apoderarse de Elvas, la llave del Montejo, y el baluarte de Lisboa, cuando doña Luisa envió contra ellos á Meneses y á Albuquerque, con diez mil hombres. Algunos dias despues D. Luis de Haro se dejaba vencer en su